

Primera, segunda, tercera y boliche... narrativas de vida de las despalilladoras de tabaco de Manatí

Por Dra. Sandra Enríquez Seiders

Resumen

Este trabajo reúne las vivencias de varias despalilladoras que sin duda alguna fueron las mismas vivencias de cientos de mujeres de Manatí e incluso de muchos pueblos de Puerto Rico. Todas ellas vivieron una vida de privaciones, fueron víctimas de un trabajo mal remunerado, sin ninguna seguridad a la misma vez que atendían la casa y hacían malabares para sacar adelante a sus hijos. A través de esta investigación se pretende dar a conocer la vida de estas protagonistas de la historia económica de nuestros pueblos que ha permanecido prácticamente invisible en la historia oficial de nuestra patria.

Palabras clave: *tabaco, Manatí, despalilladoras, historia oral, mujeres.*

Introducción

Esta investigación reúne mis dos grandes pasiones: la historia oral y las historias de mujeres. Es también la tercera investigación que hago sobre la mujer trabajadora en Manatí. Como recordarán, la primera fue sobre las mujeres en la industria de la piña y la segunda, sobre las mujeres que trabajaron en la fábrica Playtex. Los tres trabajos recogen narraciones de vida de las protagonistas de la historia económica y social de Manatí y las hace visible. Las mujeres que aceptaron contar sus memorias para estas tres investigaciones, son representativas de las cientos de mujeres trabajadoras responsables de muchos de los cambios en nuestra sociedad y sin embargo, son las grandes ausentes en la historia oficial de nuestro pueblo.

Industria del tabaco

La historia del tabaco se remonta a la época precolombina, cuando los primeros pobladores de Borikén hacían uso de esta hoja en sus ceremonias religiosas. Muy pronto el tabaco se convirtió en un artículo de lujo en la sociedad europea y por muchos años fue mercancía de contrabando. Una vez se agotó el oro en el país, el español que se quedó en la Isla tuvo que poner a producir la tierra. En los inicios de la colonización se sembró jengibre, luego llegó la caña y finalmente el café. Estos productos han tenido alzas y bajas. A mediados del siglo XIX, la caña de azúcar comenzó a decaer y el café se convirtió en el producto principal en la Isla, seguido por el tabaco. Sin embargo, luego de la invasión de los Estados Unidos, los estadounidenses nunca protegieron el café y el azúcar pasó a ser producto principal de la Isla, seguido por el tabaco.

Los que conocen nuestra historia de las primeras décadas del siglo XX, saben que fueron unos años de mucha pobreza en la Isla. El monopolio, el ausentismo y el monocultivo fueron los responsables de esa pobreza. Corporaciones estadounidenses invirtieron en la siembra de la caña y en el tabaco, adquirieron enormes extensiones de terrenos y las ganancias de esas inversiones iban a parar a los Estados Unidos. Estos capitalistas conocían lo fértil que eran nuestras tierras y las destrezas de la mano de obra de los/as puertorriqueños/as y por ello no dudaron en invertir.

Sobre el particular dice Ángel Vázquez Medina:

El negocio del tabaco estaba dominado en Puerto Rico por el monopolio que había en la Isla la “Porto Rico American Tobacco Company”. Esta corporación había creado una red de subsidiarias que le servían para controlar toda la producción de tabaco que se hacía en Puerto Rico. Ese monopolio mantenía muy bajo el precio del tabaco. La situación no tenía remedio alguno porque en los casos en que los cosecheros redujeron la producción para buscar mejoramiento en los precios, las subsidiarias arrendaron terrenos y produjeron el tabaco que necesitaban. De esta manera lograron quebrar la resistencia de los agricultores. El tabaco que los cultivadores producían en los años veinte, se pagaba a treinta dólares y a veinte dólares el quintal, pero a fines de la década el precio había bajado a quince y diez dólares. Ese precio se mantuvo inalterado durante cerca de veinte años. La mayoría de los cultivadores de tabaco de Manatí, cosechaban una cantidad que no pasaba de los cinco quintales. Las tierras que más tabaco producían en Manatí, eran las de Monte Bello y Cortés.

En resumen, entonces, a principios del siglo XX la mayor producción de tabaco procedía de cosecheros a gran escala, pero a partir del 1930 y hasta que finalmente desaparece a principios de la década del '70, el tabaco lo producían pequeños cosecheros. Son varias las razones que explican la decadencia del tabaco. En primer lugar, la caña era de menor riesgo agronómico que el tabaco. Segundo, a medida que se fueron abriendo mejores carreteras

en el país, muchos agricultores fueron abandonando el tabaco para sembrar caña. La tercera razón, fue la distribución de pequeñas fincas, cuyos propietarios combinaban las siembras (Hernández 554). La siembra del tabaco no desapareció del todo porque se crearon cooperativas tabacaleras como lo fueron la Puerto Rico Tabacco Marketing y Cosecheros de Tabaco en Utuado. La producción de cigarros, sin embargo, quedó en manos de empresas privadas como fue el caso de Ramón Cacho & Cía. ¿Quién no recuerda los cigarros de Cacho? ¹

Manatí nunca estuvo situado entre los principales municipios cosecheros de tabaco. Sin embargo, ya para el 1929 y a pesar de los daños ocasionados por el huracán San Felipe, Manatí ocupaba la primera posición entre los pueblos de mayor despalillado donde se empleaban 1,918 mujeres y 94 hombres para un total de 2012 despalilladores (Hernández 405). Para el 1932 había 12 fábricas de elaboración de cigarros y 15 de despalillado, distribuidas entre el pueblo y los campos. Ramón Morán tenía cuatro talleres de despalillado de tabaco, dos en el pueblo y dos en el campo. Otro familiar suyo, don Pepe Morán, también tuvo taller de despalillado. Igualmente se mencionan los talleres de Martín Álvarez, Clemente Ayala, Santiago González, Víctor García, Eduardo Rosa, Joaquín Rosa, Juan Suro y Ana Villamil (Hernández 557). Para 1938 ya se menciona a Ramón Cacho & Cía. como elaboradores de tabaco (Hernández 558).

De acuerdo al historiador Wilhem Hernández, el proceso comenzaba en el almacén situado en la calle Baldorioty. Allí se recibía el tabaco que llegaba de Ciales, Orocovis y Utuado. Se formaban estibas de 100 quintales y comenzaban el proceso de fermentación natural. De este almacén se llevaba a los talleres donde lo recibían decenas de trabajadoras sentadas en bancos, con mesas de trabajo en grupos. Antes de entregarle a cada una de ellas el trabajo se rociaba de agua para que fuera más manejable. El trabajo era por tarea. Una tarea equivalía a una *boya* de 25 libras. Cada despalilladora hacía lo que sus destrezas o fortaleza le permitía.

Las despalilladoras seleccionaban las hojas de acuerdo a la calidad, primera, segunda, tercera

¹ En el Teatro de Manatí y antes de comenzar la película presentaban un comercial que decía así: “No es lo mismo un cigarrillo Cacho que un cacho de cigarro...”.

y boliche, que era el de peor calidad. A cada hoja tenían que extraerle la vena principal o *pazlote* usando como única herramienta las uñas y cuando no cortaban, le metían el diente. Se le dejaba un pequeño segmento de la vena que unía los dos lados. La tarea la recogía una tablera que la entregaba a la supervisora para que la revisara para ver si estaba bien planchada. De no estarlo, se les devolvía a la mesa. A mayor número de *boyas*, mayor era el ingreso de la despalladora.

Luego de esto, se iniciaba el segundo proceso de fermentación. El tabaco se colocaba en paquetes o *libros* de tres o cuatro pulgadas de espesor. Se colocaban unos sobre otros hasta lograr una pila o *tonga* de 100 quintales. Se le colocaban unos tubos y se mantenían un registro de la temperatura. Una vez terminado este proceso se llevaba a otro almacén para sacarle la humedad, cuidando de que no se resecara. Finalmente se empacaba.

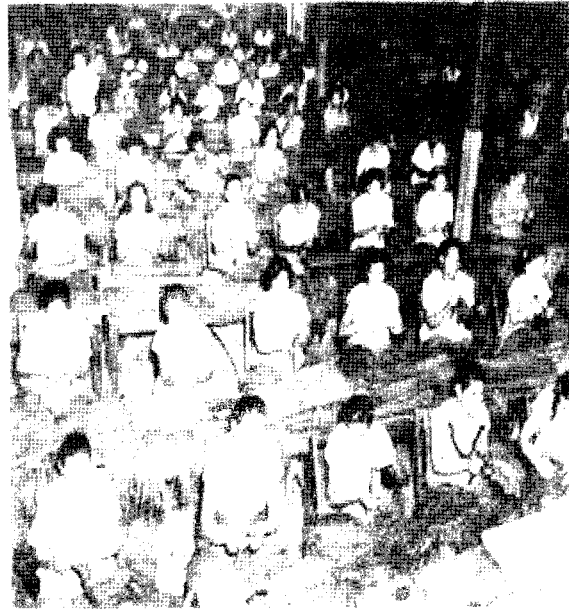
El historiador manateño, Ángel Vázquez Medina, recrea de manera magistral esta escena. Dice:

De los sectores periféricos de Manatí y de los barrios más cercanos, llegaban centenares de mujeres a trabajar en las fábricas de tabaco. Cada mujer despallaba una cantidad que variaba entre tres y seis bollas de tabaco. El promedio de la producción diaria de la mujer despalladora era de cuatro bollas por día. Por cada bolla despallada se les pagaba una cantidad de veinticinco centavos. Se trabajaba de lunes a viernes y la temporada duraba un promedio de cinco meses.

De seis a siete de la mañana comenzaba la tarea. Las plantas de despallado eran edificios con muy poca ventilación. Para evitar que el aire resecara la hoja, la estructura local estaba hecha con ventanas de cristal, las que se abrían muy poco. En ese ambiente, el polvo del tabaco

inundaba el espacio y penetraba por las vías respiratorias y por la piel de cada una de las trabajadoras. El contacto con el tabaco hacía que la piel de estas mujeres tomara un color amarillento.

A las nueve salían a desayunar. A los lados del pórtico que daba entrada a la fábrica, se agrupaban los familiares que llevaban el desayuno a las trabajadoras: un "termo" o un cacharro de café con leche y un pedazo de pan con mantequilla. Desde el tumulto, los que esperaban, buscaban reconocer en el estrecho pasador, el rostro de la esposa, de la madre o de la hermana que estaban esperando. Unas, dos o tres bombillas, colgando del techo, apenas alumbraban los rostros marchitos de aquellas mujeres. Las tongas de tabaco colocadas contra la pared, hacían que se pronunciara más la oscuridad. Cuando se acercaban a la luz



exterior, entonces los familiares comenzaban a distinguirlas.

Las despalladoras compartían su alimento con las que por vivir lejos no tenían quien les trajera su merienda. Las que vivían cerca iban a sus casas, las otras compraban su comida en negocios que para ese servicio se habían establecido en las proximidades a la fábrica.

El viernes era día de pago. Desde temprano, los alrededores de la fábrica se llenaban de vendedores de toda clase de artículos para el hogar. El despliegue de la mercancía llenaba de colorido el ambiente. Se vendía todo tipo de telas, ropa hecha, cortinas, hule para las mesas, adornos, coladores, tazas, vasos, cacerolas, calderos etc. El pago se recibía en efectivo. Un

pequeño sobre color manila tenía escrito con tinta el nombre de la despalilladora y la cantidad ganada en la semana. Después de comprar lo que necesitaban, sacaban unos centavos que se repartían entre los hijos, los sobrinos y hasta los hijos de los vecinos. La cuota era de dos centavos a los mayores y uno a los más pequeños.

Memorias de las despalilladoras de tabaco

La historia de la industria del tabaco en Manatí resulta incompleta sin los testimonios de las verdaderas protagonistas de esta gesta económica. Estas memorias son la historia de carne y hueso de esta industria. Escuchemos algunas de ellas.

Isabel María Natal Meléndez

Isabel nació en 1932. Tenía 12 años cuando comenzó a trabajar como despalilladora. Ayudaba a su tía Ulpiana. Ella cuenta:

Como se le estaba prohibido a los menores trabajar, yo me metía debajo de los asientos de las despalilladoras. Yo despalillaba y mi tía lo clasificaba. Me daba un dinerito por ello. Como el trabajo se pagaba por tarea, yo le ayudaba y ella podía sacar más trabajo. No era la única que se escondía para ayudar. Cuando gritaban: “¡Ahí viene la comisión!”, salíamos corriendo. Ya grande comencé a trabajar en la fábrica de Ramoncito Morán en el pueblo. El trabajo era estacional; no era todo el año. Se hacía por tareas. Nos daban cinco *boyas* y si no las podíamos terminar otra compañera nos ayudaba y le pagábamos. Además de despalillar el tabaco, que consistía en sacarle el pazole del centro, se clasificaba en primera, segunda y tercera clase y el resto era la picadura. Luego de clasificar las hojas, se agrupaban en paquetes llamados libros y se tapaba con unas tablas. Había una supervisora. Ella revisaba el trabajo y si estaba mal clasificado lo devolvía. También velaba para que no habláramos, decían los jefes que si hablábamos no trabajábamos bien. Aún así, buscábamos la ocasión para hacerlo.

Isabel también trabajó en Ciales en una fábrica que le llamaban “La Bayú”. El trabajo de despalillar lo realizaban únicamente las mujeres. En

cada mesa cabían unas diez mujeres. Los hombres lo que hacían era pesar. El pago era por tareas. Cuando terminaban la tarea se podían ir. Unas eran más rápidas que otras. Isabel confesó: “Yo era bien lenta”.

Isabel se casó y su esposo trabajaba en la caña. Lo que ganaba no era suficiente para mantener los cuatro hijos que tuvieron. Por eso se tuvo que ir a trabajar. La mayor de los cuatro no quiso ir a la escuela y cuidaba de los más pequeños.

Aunque Isabel no recuerda lo que se ganaba, ella dijo que era una miseria. Encima tenía que pagar el pasaje hasta Ciales y el almuerzo. Al cabo de seis años se quitó, se quedó en la casa y luego regresó a trabajar a una fábrica de camisas.

La mamá y la abuela de Isabel fueron despalilladoras de tabaco. En aquella época se traía el trabajo a la casa y se pagaba por tareas. Todos en la casa ayudaban a despalillar porque a más tarea más le pagaban.

En Boquilla hubo tres fábricas de tabaco: la de Chago González, la de Ramón Meléndez y la de Rafael Meléndez.

Isabel está retirada. Recibe su seguro social, “aunque poco, algo es algo”, dice. Tiene siete nietos y siete bisnietos. Se ayuda vendiendo limbers. Dice que eso la entretiene. A veces se sienta en una silla se queda dormida y de pronto ¡limbers!, y eso la despierta. Sus limbers son famosos y se llega gente de diferentes lugares a comprarlos.

Ángela Maldonado Santos

En una casa grande en cuyo balcón ondea una bandera de los Estados Unidos vive Ángela. La bandera representa los años que su esposo sirvió en el ejército de los Estados Unidos durante la Segunda Guerra Mundial y de lo cual ella se siente muy orgullosa. Ángela nació en 1925. Estudió hasta tercer grado y su clase favorita era la de matemáticas. Con mucho orgullo dice que es ella quien le saca las cuentas a sus hijos y no necesita calculadora.

Ángela trabajó 20 años como despalilladora de tabaco. Al igual que Isabel aprendió a despalillar tabaco siendo una niña y se escondía debajo de los bancos para ayudar. “Me daban un chavo por ayudar, pero un chavo en aquella época era un montón”, me dijo. Trabajó en las fábricas de Joaquín Rosa, de Ramoncito Morán y de Miguel Ayala. También en la

caña y lo que ganaba no era suficiente para mantener seis muchachos en la escuela.

Cuando le pregunté si había una unión, me dijo que sí existía una unión pero que ellas nunca se enteraron de cuáles eran sus derechos. Recuerda que el trabajo era por tareas y que le pagaban 25 centavos la boya y cada boya pesaba unas 9 libras. Contó: “Me levantaba a las cuatro de la mañana y caminaba a pie desde Boquilla hasta el pueblo. Muchas veces me llevaba el almuerzo. Antes de irme dejaba los granos blanditos y les decía a mis hijos, el primero que llegue comienza la comida.” Terminó diciendo: “Con los chavos que ganaba, ayudaba a mi marido con los gastos.”

“Yo recuerdo que le quitábamos el pazlote a la hoja y lo clasificábamos. Había de primera, segunda y otra que le llamaban cacho duro porque era áspera. A la más fea se le decía trapo.”

Hoy vive orgullosa de sus hijos. Todos terminaron cuarto año y viven muy bien. Afirmó: “Cuando se quiere se puede.”

Ana Rosario Ayala

Ana nació en 1926. Tiene 4 hijos, ocho nietos y una docena de bisnietos. Ella sólo pudo terminar el segundo grado, pero vive feliz porque todos sus hijos terminaron escuela superior.

A los quince años, Ana comenzó a trabajar en el tabaco. Aprendió como las demás. Sus hermanas eran despalilladoras y ellas la llevaban a quitarle el pazlote a la hoja de tabaco. Toda su familia trabajó en el tabaco. Su papá sembraba tabaco y lo vendía a las fábricas y su hermano era capataz.

Sobre sus memorias como despalilladora de tabaco cuenta que lo más que llegó a ganarse fueron \$22.80 a la semana. Se despalillaba durante seis meses. El tabaco se clasificaba. Había manojo, tripa y el más malo se trituraba como picadura. Los domingos algunas mujeres trabajaban preparando las boyas que se iban a despalillar la semana siguiente. Recuerda que la supervisora revisaba los pazlotes para que no quedara ni un pedazo de hoja en ellos. Nunca olvidará el olor tan fuerte del tabaco fermentado. Dijo: “El olor me daba revolturas. Cuando llegaba a la casa me sentía tan mal que me acostaba un rato en lo que me pasaba para luego ponerme a cocinar.” Recordó también que para el 1969 cerraron todas las

fábricas en Manatí y sin embargo, por muchos años siempre que uno pasaba cerca del edificio que hoy alberga las oficinas del Departamento, de la Familia, el olor del tabaco estaba presente.

El esposo de Ana trabajó en la caña y en las vaquerías, pero el dinero apenas alcanzaba para la compra. Ella se tuvo que ir a trabajar. Dijo: “Yo tenía que pagarle \$2.00 a una persona para que me cuidara los muchachos para poder trabajar. Eran tiempos difíciles.”

Cruz Rosario Ayala

Cruz nació en el 1921. Cruz viene de una familia de ocho hermanos. El papá trabajaba en la caña, pero también sembraba tabaco que luego vendía a las fábricas. Se ganaba muy poco y eran tiempos difíciles. Narró como tenían que caminar durante una hora para buscar agua, comer en ditas y cocinar en fogón.

Cruz comenzó trabajando en la finca. Se recogían las hojas del tabaco, se cosían y luego se colgaban en un almacén hasta que estuvieran listas para despalillar. También trabajó como despalilladora. Era soltera, así que, con lo poco que ganaba ayudaba a su familia. Pagaban a 25 centavos la boya y comenzaban a las 7:30 de la mañana. Sus hermanas también trabajaron como despalilladoras. Dijo: “En la fábrica todas éramos mujeres, el único hombre que trabajaba allí era el capataz”.

Rafaela Rivera

La historia de Rafaela es distinta. Esta mujer nunca trabajó en un taller, siempre trabajó en su casa. Rafaela Rivera nació en el año 1900 y murió en el 1976. Le tocó vivir los años de mayor pobreza en Puerto Rico. Muy joven quedó viuda y con tres niñas. Contrajo matrimonio nuevamente y tuvo otra hija y un hijo. Su esposo trabajaba *chiripiando* en el cementerio de Manatí. Por su trabajo no recibía un sueldo sino un vale que el entonces alcalde de Manatí, Pepe Rafael Dávila, le daba. Para una familia de siete miembros eso no era suficiente ni siquiera para comer. Como si fuera poco, su esposo bebía y por lo tanto era muy poco o casi nada el alimento que llegaba a la casa. Rafaela no sabía leer ni escribir pero la necesidad y el deseo de sacar adelante a sus hijas y

a su hijo la convirtieron en una mujer emprendedora. Comenzó trabajando en la casa como despalilladora de tabaco. Su hijo, me contó: “Yo era un niño y sin embargo recuerdo aquellas boyas enormes que ocupaban toda la sala de la casa humilde donde vivíamos. Mi mamá le sacaba el pazlote y luego lo dividía. Me imagino que lo separaba en primera, segunda, tercera y boliche. Le pagaban por tareas. Era un trabajo enorme y le pagaban 25 centavos por cada boya. Con ese dinerito, mi mamá nos dio de comer y nos equipaba para la escuela. Yo admiré a mi madre. Mi mamá hacía ron caña para vender e incluso preparaba fiambreras. La situación económica de la familia comenzó a mejorar, mi papá dejó la bebida y mi mamá abrió un *laundry*. Tenía dos empleados pero ella trabajaba incansablemente. ¡Cobraba 50 centavos por un uniforme del ejército y había que llevarlo a Tortuguero! Mis tres hermanas de madre se fueron a vivir a los Estados Unidos pero mi hermana y yo completamos la escuela superior y pudimos ir a la Universidad de Puerto Rico.”

Dolores Rodríguez Martínez

Lola, como le llaman sus familiares y amigos/as, tiene 84 años. Conoció lo que era el trabajo fuerte desde muy niña y a pesar de haber vivido estrecheces, hoy le da gracias a Dios por su familia y más que nada por su salud. Todavía cocina, lava su ropa, atiende a la familia y asiste a la iglesia.

Dolores era la mayor de 11 hermanos. Nunca fue a la escuela porque tenía que ayudar en la casa. Recuerda que con tan solo siete años, su mamá le ponía un banco para que ella pudiera menear el arroz. Igualmente tenía que buscar agua, cortar leña y ayudar con sus hermanos. Me dijo: “Yo nunca tuve infancia.” Su papá trabajaba en la caña de azúcar y lo que ganaba no era suficiente para mantener la familia. Fue entonces que su mamá comenzó a trabajar como despalilladora de tabaco. Como se pagaba por tareas, Lola iba al taller para ayudar a la mamá para sacar más trabajo. Contó: “Como estaba prohibido dar trabajo a los niños, yo tenía que esconderme de los supervisores. Para ese tiempo, las mujeres usaban unas faldas bien anchas y yo me escondía debajo de la falda de mi mamá. Ella me decía: “aprende para que te defiendas.”

La mamá de Lola trabajó como despalilladora cerca de dos años porque su esposo fue ascendido a capataz y ella se dedicó a preparar almuerzos

para los trabajadores de la caña. Así lo recuerda mi entrevistada: “Mi mamá tenía como seis fogones prendidos al mismo tiempo. Ella vendía café a los peones. Llenaba las canecas de café con leche y se vendían a 15 centavos. Cocinaba arroz, guisaba los granos y preparaba la carne. Cuando la comida estaba lista, ella forraba un cajón de madera con hojas de plátano y ahí echaba el arroz. La carne y los granos iban en latones. Encima del arroz se ponían los platos que eran de lata. El aguador venía a la casa por los almuerzos y se vendían a 30 centavos.”

Lola tenía sólo 15 años cuando su mamá murió. Tuvo que hacerse cargo de su papá y de sus diez hermanos. Los más pequeñitos la llamaban mamá. Fue entonces que decidió trabajar como despalilladora de tabaco. Se levantaba temprano, dejaba el almuerzo listo y se iba a trabajar. Con el tiempo se enamoró. Me contó: “Mi papá me hizo la vida de cuadritos. No quería que me casara. Mi boda más que un festejo parecía un entierro con todos mis hermanitos llorando.”

Ya casada, Lola continuó trabajando como despalilladora. Trabajó siempre para don Pepe Morán. Recuerda: “Don Pepe tenía un genio bien fuerte, pero conmigo siempre se portó muy bien. En el taller todas eran mujeres, los hombres trabajaban en la prensa. Yo realicé todas las tareas. Yo trabajé en el despalillado, en el secado, en la tonga, en la prensa y en el empaque. El despalillado duraba seis meses y entonces llegaba “la bruja”, tiempo en el que solamente se trabajaba algunos días.”

Sobre el despalillado, contó: “Para despalillar se usaba un delantal. Las boyas se colocaban sobre un banco al que le ponían un toldo. La despalilladora se sentaba y halaba el toldo para pincharlo con los muslos. Las boyas se veían pequeñas pero cuando se abrían eran enormes. La hoja se abre bien y se le saca el palo. En la falda yo separaba el *resago*, que era la hoja amarilla; el *pinto* que eran las hojas manchadas; el de *primera*, que era el de mejor calidad y el *trapo*. Luego de clasificarlo se ponía en una tabla para plancharlo. La supervisora lo revisaba y si estaba mal lo devolvía. Yo comencé con una boya y terminé haciendo cinco. Cuando comencé el olor del tabaco era tan fuerte que yo casi no comía, me ponía *vicks* en la nariz y el dolor de cabeza era terrible. Recuerdo que muchas se iban vomitando pero yo resistí. Yo necesitaba el dinero. Ganaba \$10.80 a la semana.”

Aunque su esposo trabajaba en la fábrica de botones, Lola siempre trabajó. Tenían cuatro hijos y quería educarlos. Su esfuerzo no fue en vano. Dos de sus hijos son maestros y los otros dos trabajaron en una agencia del gobierno hasta su retiro.



Conclusión

Estas mujeres son simplemente una muestra dentro de las cientos de mujeres que trabajaron en esta industria durante años en Manatí. Fueron pioneras en lo que se refiere a un trabajo remunerado, las que sufrieron las injusticias de un trabajo mal pagado, sin ninguna seguridad y sin leyes que las protegieran. Debido a que el aire reseca la hoja del tabaco, todas ellas se expusieron al polvo del tabaco que inundaba los almacenes con poca o ninguna ventilación. Todas vivieron una vida de privaciones y la gran mayoría no aprendió a leer ni escribir pero no se dejaron vencer. Fueron proveedoras al igual que sus esposos y algunas llegaron a tener sus propios negocios. Estas mujeres, además de su trabajo fuera del hogar, lavaban, cocinaban, limpiaban la casa y cuidaban sus hijos/as, entre otras tareas domésticas que la mujer realiza en su propia casa y que ni siquiera se plantean como trabajo. Por lo tanto, trabajaban una doble jornada y sin embargo han permanecido invisibles en el acontecer histórico de nuestro pueblo. Este trabajo no sólo abre una brecha para una investigación más extensa sino que rinde homenaje a todas las mujeres que trabajaron en esta industria y que fueron claves en el desarrollo económico y social de Manatí.

La tarea de escribir la historia de las mujeres, nos plantea, en primer lugar, el desafío de afirmar que las mujeres son parte de la historia, y que han sido ignoradas y excluidas, por valores patriarcales

y por la concepción androcéntrica, que sitúa al hombre como elemento central y único del desarrollo histórico. Bajo esa óptica androcéntrica sólo se consideran históricas aquellas gestas de mujeres que se asemejan a las que han llevado a cabo los hombres.

Hoy, cuando la historia ya no es "hechos importantes de hombres importantes", sino que lo común y lo cotidiano es considerado historia y donde lo público como lo privado es historia, estas narrativas constituyen parte importante de nuestra historia. No se trata de una historia paralela a la historia oficial de Manatí, sino una historia que se entrelaza con ella para darle vida.

No podemos permitir una historia más de nuestro pueblo sin la presencia real de las mujeres. Es necesario renovar nuestra historia, sacando a las mujeres del lugar marginal al que han sido confinadas en los relatos tradicionales, y resaltar el verdadero rol que han tenido en nuestra historia. No es sólo hacer visibles a las mujeres sino también elevarlas a la categoría de sujetos dignos de la historia, para que se cuente realmente cuál fue la participación de los diferentes sectores en la conformación del pasado de la sociedad manatíense y sin prejuicios sexistas. Esperamos que así sea.

Referencias

- Acevedo Rivera, Víctor. Entrevista personal. 10 de agosto de 2012.
- Hernández, Wilhem. *Manatí, 500 años de historia*. Gobierno de Manatí, 1999. Conferencia
- Maldonado Santos, Ángela. Entrevista personal. 7 de marzo de 2009
- Natal Meléndez, Isabel María. Entrevista personal. 7 de marzo de 2009
- Rodríguez Martínez, Dolores. Entrevista personal 24 de agosto de 2012.
- Rosario Ayala, Ana. Entrevista personal. 3 de marzo de 2009.
- Rosario Ayala, Cruz. Entrevista personal. 3 de marzo de 2009.
- Vázquez Medina, Ángel. Homenaje a las despalladoras de tabaco de Manatí. Club Altrusas de Manatí. 16 de agosto de 1992. Conferencia